



El clan de los charranes

AVELLO

La niebla y el orvallo, orvachu, orveyu, orvayu y más de una orvachada de alto copete justifican las terapias pertinentes para combatir los dolores erráticos, el repicar de los estornudos y el acoso de la fluxión. El recurso es la televisión, entre otros. En casa o fuera de ella el personal se concentra en los salones para contemplar el espectáculo. No pocos le dan la espalda al aparato. Fue en una de las ocasiones de carácter deportivo, cuando sintonicé, otra vez, con lo que podríamos llamar el clan de los charranes. Ya se sabe que el charrán, pertenece a la familia de los charlatanes o atolondrados.

● Se jugaba el partido España-China y los especialistas, charranes, no encontraban adjetivos laudatorios para nuestros jugadores y hasta analizaban la

posibilidades de Lolo Sainz, Epi, Villacampa y compañeros ante la victoria inapelable. Los charranes, se arrebataban la palabra de la boca para cantar las alabanzas pertinentes a todo quisque, porque los chinos pecaban de torpes, lentos, incompetentes. Con una ventaja importante, llegamos al descanso y al reanudarse el partido los chinos empezaron a hacer triples, o sea triples, como churros, y los charranes iniciaron la reivindicación de los eufemismos, circunloquios, perifrasis, para justificar que los chinos nos podrían dejar en la cuneta lo del baloncesto.

● La prudencia y sosiego, el no vender la piel antes de cazar el oso, es una ley que se tiene en cuenta por los depositarios del sentido común y la cordura, pero los charranes se resistirían a admitir lo irreparable hasta

pocos minutos antes de la catástrofe. Perdimos. No es ninguna novedad ni tampoco patrimonio exclusivo de nuestro pueblo, pero es que no escarmentamos ni a tiros libres, ni desde la línea de 6,25. El estrambote son las lamentaciones posteriores, la convocatoria de la renovación, juvenalización, la fragilidad moral, porque de la económica no se puede hablar, de los errores tácticos e impresiones estratégicas. Ganaron los chinos.

● Los curiosos abandonaron el local y los charranes se quedaron solos, tan contentos, porque, eso sí, son duros como el granito. Si la historia acaba mal, no se amilanan y confían en la próxima convocatoria para seguir berrando y berrando, sonriendo, interrumpiéndose con ingeniosidades insoportables. Es que estos chinos no respetan nada...

Quesada



Entre paréntesis

Romario

LUIS MEANA

Romario es una cobra letal aletargada en la yerba del estadio, yerba de la que sale, con velocidad supersónica, en cuanto percibe unas señales telúricas que sólo él recibe. Entonces, el pie se le vuelve bífido y larga un picotazo mortal que rompe la geometría sustancial al juego. Lo curioso de este juego, montado sobre el experimentalismo inglés y sobre el principio de la división del trabajo industrial, es precisamente que quienes mejor lo juegan son estos oriundos de la selva de Brasilia, que llevan en la sangre el ritmo de la samba más que el tantarantán del método. Ahora, esa cobra superpeligrosa ha recibido unos mensajes telúricos de la selva, y unos días

Es una cobra letal aletargada en la yerba del estadio

dice que volverá pronto a acurrucarse en la verde pradera del Nou Camp, y otros da la impresión de que esa yerba ya no le gusta como escondite para su veneno. Con lo que tiene a los catalanes, tan previsores en todas las cuestiones pecuniarias, un tanto desconcertados y confusos, pues no ven forma de traducir en pesetas los mensajes telúricos que les envía la cobra desde las distintas y distantes provincias del Brasil.

El único que no está del todo desconcertado es Don Johann, que, como buen holandés, tiene mucha más práctica en estas inconmensurabilidades y conversiones de divisas. No hay mayor duda de que lo que le da a la cobra vida y aire es la selva. Es, por tanto, lógico que necesite la llamada de la selva y que

tenga sus dificultades con Barcelona porque el exceso de civilización, de organización y de previsiones le quita inspiración, y la falta de inspiración le atrofia la destilación del veneno. Hace algún tiempo, ya hubo un amago de llamada de la selva, cuando se pasaba las noches bailando en las discotecas porque él, sin bailar, decía que no acertaba a meter goles. Ahora, alguna mano negra ha echado, entre la yerba del Nou Camp, ese veneno imperceptible que rezuma el dinero, y no hay cosa que confunda más a las cobras que ese antídoto, les convulsiona el cerebro y les

confunde todos los sentidos, con lo que, al final, ese contraveneno las impulsa a dar el picotazo donde no deben y a

guardarlo donde debían sacarlo. Y en esas estamos. El problema está en que estas serpientes supervenenosas no se dan cuenta de que a Tarzán no lo hizo ni la selva, ni la chita, sino las cámaras de Hollywood. Y ésa es la cosa: que la cobra no acaba de enterarse de que la mitad de su veneno viene de su íntima relación telúrica con la selva, pero la otra mitad viene de las cámaras, y a las cámaras sólo les interesa lo que pasa al Este, y no al Oeste, del Edén. Y en medio de esa confusión entre selva y cámara, entre Este y Oeste, entre dinero y yerba, entre capitalismo y sociedad agraria, la cobra se está jugando el golpe letal de su pie bífido. De lo que no se entera entre tanto ruido de cascabel de las serpientes que le rodean.

La noche más hermosa

LUIS ARIAS ARGÜELLES MERES



MI amigo estaba muy ilusionado por disfrutar de la lluvia de estrellas que se había anunciado noches atrás. Lo tenía todo organizado para permanecer despierto hasta que se produjese el mágico momento. Cenaría tarde. Participaría en una animada y prolongada tertulia nocturna y, por último, leería un libro de aventuras que le ayudaría a mantenerse despierto hasta las cinco de la madrugada.

Por supuesto, mi amigo no quería aceptar que en Asturias, la niebla y las nubes no acostumbran a desaparecer fácilmente.

Y los hechos acabaron por desengañarlo. Al fin, no pudo contemplar la maravilla anunciada, porque la caprichosa noche se empeñó en vestirse de oscuro.

Su primera reacción fue de rabia y de impotencia. Se había resignado a la ausencia de sol durante el día; no le había frustrado renunciar a muchas horas de playa; se las había arreglado para soportar las persistentes lluvias. Pero que se le chafara la beatífica observación de una lluvia de estrellas era ya demasiado. Su estoicismo no llegaba a tanto.

Sin embargo, la rabia y la impotencia fueron remitiendo, porque se

encontró con agradables sorpresas.

A los pies de un viejo muro de piedra, en un pequeño pueblo a orillas del Narcea, una luciérnaga brillaba en medio del silencio y de la oscuridad. Se acercó a ella. La puso en su mano y la contempló largo rato. Avanzó después unos cuantos metros, hasta que se acercó al río y lo escuchó.

Esperó a que amaneciese. El día comenzaba tan triste como tantos otros de este verano. Por el valle, entre dos montañas, bajaba una silenciosa catarata de niebla, que acabó por posarse en la mismísima orilla del río.

Cuando regresaba a casa, se

levantó una suave brisa que llenó de frescura la enmohecida atmósfera.

Mi amigo acabó pensando que, después de todo, aunque había sucedido lo contrario de lo que esperaba, la noche no había sido tan mala; lo visto y oído, en aquella oscuridad y en aquel silencio, había valido la pena realmente.

Nunca había tenido una luciérnaga en su mano, y jamás se había imaginado lo especial que podía llegar a ser la contemplación de una catarata de niebla que, con un sigilo impresionante, acabó por perderse en el río.

Durmió hasta la hora de comer.

Las primeras conversaciones que oyó coincidían en echar pestes contra el mal tiempo de este verano. Cuando le preguntaron con sorna cómo había sido la noche, qué tal había estado la lluvia de estrellas, respondió que había sido una experiencia muy agradable. Aunque no quiso explicar a nadie el porqué de tan inesperada afirmación.

Horas después recordó un delicioso verso de un poeta francés: «Las nubes humanizan el cielo».

Por obra y gracia de la malograda lluvia de estrellas, mi amigo quedó convertido en un turista de calidad.